

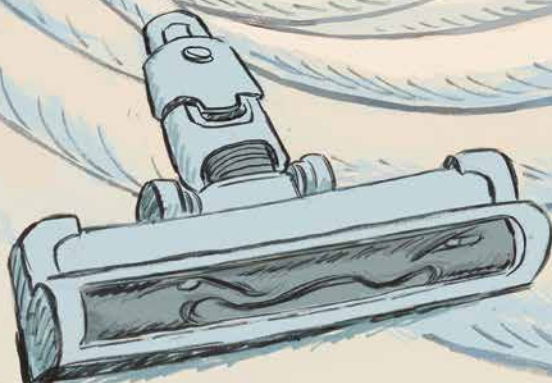
Los descacharrantes casos de



EKA Y VASARELY

EL VENDEDOR DE ASPIRADORAS

PEDRO RIERA



edebé

Los descacharrantes casos de



EKA Y



VASARELY



Los descacharrantes casos de



**EKA Y
VASARELY**

**El vendedor
de aspiradoras**

PEDRO RIERA

Ilustraciones de
Ángel Trigo

edebé

© del texto, Pedro Riera, 2025
Representado por Tormenta
www.tormentalibros.com

© de las ilustraciones, Ángel Trigo, 2025

© de la edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look

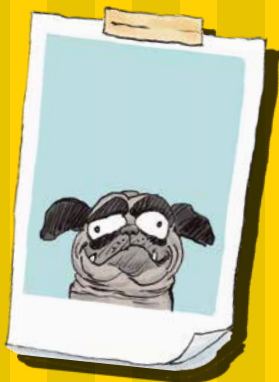
1.ª edición, mayo 2025

ISBN: 978-84-683-7259-4
Depósito legal: B. 317-2025
Impreso en España
Printed in Spain

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*Para Carlos, mi hermano.
Qué fácil es quererte, tío.*





¿Sabéis lo que es una *familia feliz*?

Es una receta de comida china que lleva pollo, ternera, langostinos, setas, brotes de bambú, una gran variedad de verduras y varias salsas. Le pusieron ese nombre porque los ingredientes son muy diferentes entre sí, pero, cuando los mezclas todos en un wok, te sale una comida deliciosa. Es exactamente lo mismo que sucede con una familia feliz: está formada por personas con caracteres muy diferentes, pero, cuando las juntas todas bajo el mismo techo, conviven en perfecta armonía.

Los Fernández eran una familia feliz.

Sin embargo, si tuviéramos que imaginármolos como un plato de cocina china, ellos serían unos langostinos salteados. Sin salsas, ni





verduritas, ni pollo, ni ternera, ni nada de nada. Todo lo más, un pellizco de sal. Porque los cinco (el padre, la madre y los tres hijos) eran prácticamente iguales entre sí.

Físicamente eran clavaditos: delgados, pelirrojos, con las mejillas sonrosadas, caras afiladas y ojos muy negros y saltones. ¡Y qué piel tan sensible tenían! Cada verano, el primer día de playa, se quemaban y se ponían rojos como gambas. O bueno, supongo que en su caso sería más adecuado decir que se ponían «rojos como langostinos». También compartían los mismos gustos: les encantaban los juegos de mesa, patinar sobre hielo, la música francesa de acordeón, las croquetas de huevo duro y patata, las películas protagonizadas por perros, las gorras con orejeras, los cuadernos de colorear de unicornios, los helados de melón, los caramelos de lima y un montón de cosas más... Hasta tenían el mismo número favorito: ¡el ocho! ¡Y los cinco eran piscis!

Los Fernández se querían mucho y no perdían ocasión de demostrárselo.

Se daban achuchones, besitos, se susurraban cursilerías al oído, se hacían masajitos en los pies los unos a los otros e iban de la mano por la





calle y dando saltitos. Cuando viajaban a una ciudad por turismo, siempre enganchaban a la barandilla de un puente un candado con un corazón dibujado y las iniciales de los cinco. Y después se iban a tomar todos un helado de melón. Los niños se llevaban tan bien que costaba creer que fueran hermanos: se ayudaban a hacer los deberes, recogían la mesa sin que nadie se lo pidiera, tenían el cuarto ordenado y nunca se peleaban entre ellos. Eran de lo que no hay. Imaginaos que ni siquiera se hacían trampas jugando al parchís. ¡Ni sin querer!

Los Fernández daban bastante repelús.

Los martes hacían croquetas para cenar. Tocaban a cinco por persona. De huevo duro y patata. Pero, en vez de veinticinco, el señor Fernández freía siempre veintiséis. ¿Por qué hacía una de más? Porque les encantaba decidir entre todos quién se comería la que sobraba. En una familia cualquiera, aquella situación habría provocado discusiones, forcejeos, insultos, gritos histéricos, tirones de pelos, llantos y, si me apuras, hasta algún que otro puñetazo. En esa casa, no. Ninguno de los Fernández trataba de convencer a los demás de que le dieran a él la croqueta extra. ¡Era al revés! ¡Inten-





taban que otro miembro de la familia se la comiera!

—¡Cómetela tú!

—¡No, tú!

—¡Tú!

—¡Que a ti te gustan más!

—¡Qué dices, tonta! ¡Si son tus croquetas preferidas!

Al final, como nadie cedía, tenían que echarlo a suertes. Todos se ponían a dar palmadas muy contentos cuando había un ganador. Bueno, todos menos al que le había tocado la croqueta en disputa. El vencedor se sentía fatal. No podía comérsela. Imposible. Le parecía un acto demasiado egoísta. Así que la dividía en cinco partes iguales con el cuchillo y cada uno se comía un trocito, saboreándolo con los ojos entornados, felices de quererse tanto y de dar tanto repelús.

Era así: los Fernández lo compartían todo.

Sin embargo, acababa de suceder algo inconcebible que había hecho que saltara por los aires la armonía en la que siempre habían vivido. Algo que podía pasar en muchas otras





familias, pero no en la suya. Desde hacía dos semanas, alguien se colaba por la noche en la despensa y se comía la punta de las magdalenas, que, como bien sabéis, es la parte más mullida y esponjosa del bollo y donde se concentra toda la costra de azúcar. Y no creáis que se conformaba con meterle un bocado a un par de magdalenas. No. ¡El muy desvergonzado no dejaba ni una entera! En una noche podía llegar a decapitar diez, doce, quince... ¡y hasta veinte magdalenas!



La lista de sospechosos era corta.

Los Fernández sabían que el culpable solo podía ser un miembro de la familia. Todos juraban que eran incapaces de hacer algo tan horrible. Sin embargo, cada mañana se encon-





traban con una docena de magdalenas mutiladas tiradas por la despensa. Solo había una explicación posible: ¡uno de ellos era un egoísta y un mentiroso! La idea era espeluznante. Una víbora cornuda había vivido camuflada entre ellos durante años y solo ahora mostraba su verdadera naturaleza. Lo peor era que, como nadie sabía quién era, la convivencia se deterioraba día a día. Ya nadie se mandaba besitos por el aire, ni dejaba notitas con corazones dibujados en la puerta de la nevera, ni les hacía masajitos en los pies a los demás... Ahora, cuando se cruzaban por el pasillo, los Fernández se retaban unos a otros con la mirada, llenos de desconfianza y de rencor. Parecían decirse: «¡A mí no me engañas! ¡Sé que has sido tú! ¡TÚ ERES LA VÍBORA CORNUDA!».

